

# NADIE ME HABLÓ DE TI

LAURA ANGUERA



Laura Anguera



Nadie me habló de ti

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Laura Anguera Armengol, 2022

Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Fotografía de la guarda delantera: Autoretrat de Maspons i Colita, 1960. Museu Nacional d'Art de Catalunya, depósito del artista, 2011. © Arxiu Fotogràfic Oriol Maspons, VEGAP, Barcelona, 2022

Fotografía: MNAC

Fotografía de la guarda trasera: Hostal La Gavina de S'agaró, ca. 1950. © Juan Cebollero Bayona. Fons Emili Massanas i Burcet. INSPA, Centre de la Imatge. Diputació de Girona

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2022

Depósito legal: B. 4.529-2022

ISBN: 978-84-08-25599-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

## CAPÍTULO 1

---

Estoy donde estaba esa tarde, hace tres semanas. La tarde en que por un simple, banal gesto, se desencadenó todo: en el mismo dormitorio, sentada junto a la misma cama, mi padre postrado en ella. Ya se moría entonces, pero lo que ese día era aún una fatalidad sin fecha cierta ahora es ya una cita inaplazable. Cuestión de horas, quizá minutos. Escucho el zumbido de la máquina de oxígeno, la respiración trabajosa, cada exhalación con la angustia de que sea la última. Incluso la enfermera se ha ausentado un rato de la habitación con la excusa de dejarnos solos. En realidad está haciendo la maleta, recogiendo sus cosas, ya poco servicio le queda por prestar en esta casa. Hoy es 15 de marzo de 2020. Esta será la fecha que constará en la partida de defunción de mi padre.

Hace un par de horas el primer sol de la mañana se ha asomado sobre el mar y ha empezado a encaramarse por las calles de Barcelona, ciudad arriba, hasta iluminar las señoriales piedras de este edificio, hasta destellar contra los ventanales de este cuarto. El astro ignora que la muerte, como el amor, requiere intimidad y penumbra, por eso no he querido subir las persianas. Pero la luz es como la verdad, inclemente y obstinada: por mucho que intentes taparla, siempre encuentra un resquicio por el que colar-

se. Desde mi rincón contemplo sus haces dorados filtrándose por las rendijas, espadas que se clavan en las sombras, iluminando un fino polvo en suspensión que flota en el ambiente cerrado de la habitación. Reconozco estos restos, sé lo que significan: es el polvo que levanta una demolición, residuos del derrumbe. Cenizas y tristeza es lo único que queda cuando todo se viene abajo, lo único que ocupa el vacío que deja lo que hemos destrozado.

—¿Quiere que le prepare el desayuno? ¿Tostadas y un café?

La voz de la enfermera me sobresalta. Niego con la cabeza, de mi boca surge apenas un suave murmullo dando las gracias. Llevo muchas horas sin comer ni beber, sin dormir, sin dejar de pensar, sin atreverme a decidir. Yo, Carolina Planadevall Ribé, siempre tan segura de mis decisiones y de mis opiniones, la reina del sistema binario —blanco o negro, buenos y malos—, deambulo ahora perdida entre grises, sin saber quiénes son víctimas y quiénes culpables. Quizá tampoco eso sea ya importante... Que no los juzgara hasta conocer toda la verdad, esta fue la única condición que me fue impuesta para contarme la historia. Y ahora que al fin he llegado a la verdad, precisamente ahora, es cuando más difícil me resulta dictar sentencia.

Una ligera apnea de mi padre rompe momentáneamente la cadencia de su respiración, como un traspíe. Hace horas que dormita inconsciente, bajo el efecto de los paliativos, que bastante ha tenido que soportar estas últimas semanas con el maldito cáncer royéndole las entrañas. Siempre ha sabido que era el final, yo diría que el diagnóstico no le importó gran cosa. Se limitó a pedir que no le llevara a un hospital, se ha negado a ser una agonía anónima bajo la blanca y aséptica luz de una clínica. Ha querido morir cobijado en la penumbra de su cuarto, en

esta casa que ha sido el último bastión de su poder desde que hace unos años vendió Industrias Planadevall a una multinacional norteamericana. Fue un gran negocio, pero también nuestra despedida de ese entramado de familias y apellidos asociados durante generaciones a grandes fábricas y corporaciones; un microcosmos que pierde su esencia, la alta burguesía catalana es un globo que se deshincha. Con la venta de la empresa, papá vio su reino reducido de golpe a este piso señorial de la Bonanova, sus órdenes ya solo dirigidas al chófer que, hasta hace poco, le llevaba cada mañana hasta el Círculo Ecuéstre y a misa los domingos, sus caprichos ya solo atendidos por el servicio, encabezado por la abnegada y fiel Pepita. Ahora solo deseo que su agonía acabe pronto. Por él, sí, pero también por mí. Que acabe su dolor, y que pase su entierro y su luto y ese reguero de condolencias que me espera. Que acabe ya todo y me dejen en paz. Estoy cansada. Quizá sí debería comer algo.

—¡Pepita!

Me interrumpo, es inútil llamarla, no vendrá a ver qué necesito. Hoy, por primera vez en mi vida, ya no está aquí. Entró al servicio de mis padres poco antes de que yo naciera, así que es fácil echar cuentas: cincuenta y cuatro años trabajando en esta casa. Entre estas paredes ha ejercido de cocinera, de niñera, de jefa de servicio, de confidente de mis secretos, de ama de llaves, de enjugadora de mis lágrimas, lo más parecido a una madre que yo haya podido tener. Toda una vida limpiando nuestras miserias para que papá y yo pudiéramos lucir de puertas afuera. Es dura esta ausencia, siento que serán demasiadas pérdidas en pocas horas. Ya no se encuentra en la casa, pero sí que estaba esa tarde a la que debo remontarme para iniciar esta historia; recuerdo oírla trasegar en la cocina prepa-

rando la cena, mientras yo, sentada en esta misma butaca, le hacía compañía a papá, como cada día desde que el cáncer le encerró definitivamente entre estas paredes. Deber de hija única, sin hermanos con quien turnarme. Y si mi hija Ariana no me esperaba para cenar, yo alargaba mi visita para alegría de Pepita. Y agradecía su compañía, porque desde mi divorcio, hace poco más de dos años, no me encuentro a gusto en mi piso. Es mi hogar, donde he vivido desde que me casé, pero de repente ya no es el mismo; ahora me resulta demasiado grande, demasiado immaculado, demasiado diseñado, demasiado perfecto. Y desde que mi vida ya no es perfecta, siento que no encajo en él. Como si en ese decorado impecable, el mueble viejo que desentona o ese jarrón pasado de moda fuera yo misma. El piso también está demasiado vacío; Alberto, mi exmarido, se marchó a vivir con una pelandusca con cara de ratita que conoció en el gimnasio. El resultado es un piso enorme para mí y para Rocco, el labrador, porque mi hija Ariana, a sus diecinueve años, solo sale de su habitación para coger algo de la nevera o para protestar porque el wifi ha vuelto a colgarse. Algunas amigas me dicen que me mude a un piso más pequeño, a un pisito, así, en diminutivo... ¡Las abofetearía cuando me dicen eso! Es su manera de decirme que mi vida se ha reducido, que sin Alberto ese piso me viene grande y que ese vacío no tendrá ya más ocupante que ese polvo del derribo. Bueno, quizá estén en lo cierto, pero no quiero que me lo digan.

Ese viernes de hace tres semanas, mientras mi padre dormitaba bajo los efectos de los calmantes y Pepita preparaba la cena, yo me aburría. No me había traído trabajo del despacho, ni tenía la tablet o un periódico a mano, así que decidí buscar algún libro en la biblioteca de papá, aunque fuera solo para entretenerme un rato. La bibliote-

ca ha sido siempre para mí un lugar solemne, casi sacrosanto. Una gran habitación, con todas sus paredes recubiertas de estanterías de oscura madera, en las que se apilan enciclopedias y libros. Dos cuadros de Nonell —dos retratos sombríos de dos mujeres tristes, colocados de tal forma que se dan la espalda, ignorándose mutuamente y sin remedio—, y en el centro una mesa de marquetería con repujados dorados y su silla (moderna y anatómica, fuera de lugar, pero la espalda de papá así lo requería). En una esquina está el mueble bar, que esconde una buena selección de maltas y coñacs, y una pequeña cava para la conservación de puros. Sobre la mesa, una lamparilla con la pantalla de tela verde, la única luz que habitualmente ilumina la sala. De pequeña me daba miedo esta habitación, temía entrar en ella incluso para dar el beso de buenas noches a mi padre. Ya adolescente, jamás la utilicé para estudiar, preferí desplegar mis libros y mis apuntes en mi cuarto o, aún mejor, sobre la gran mesa de la cocina, al cobijo de la luz y de Pepita, que me preparaba la merienda o me recogía el pelo, mientras daba instrucciones a las muchachas que componían el servicio de la casa y reñía al chico del frutero —«pero ¡dónde tienes tú la cabeza, so atontado!»— por haberse olvidado los palo santos que tanto gustaban a mi padre.

Hacia la biblioteca me dirigí esa tarde, sin más objetivo que el encontrar una lectura que me entretuviera un rato. Pero, pese a lo profuso de su biblioteca, papá nunca ha sido un gran lector, y el contenido de sus anaqueles es ecléctico y poco literario. La mayoría de los libros son tratados de economía, de ingeniería, informes variopintos, unas pocas guías de viajes. Nada que me llamara la atención, así llegué al último estante: un manual de mecánica avanzada, consejos de Dale Carnegie para hablar bien en



público, un libro de contabilidad de Harvard University editado en México, un par de novelas de Frederick Forsyth, *Las ratas*, de Delibes, y una edición antigua y amarillenta de *Doctor Zhivago*. En el rincón, una biografía de Napoleón y otra, con un grueso lomo granate y letras doradas, de José Antonio Primo de Rivera. Era un libro viejo, como casi todos, y me pregunté qué se escribía de él durante el franquismo. Alargué la mano y lo cogí, movida por esa mezcla de curiosidad y azar que es la pócima en que se cuecen la fortuna y la fatalidad. Pero al sacarlo del estante otro libro cayó a mis pies. Estaba escondido dentro del grueso lomo granate, ahora vacío porque alguien había arrancado todas sus páginas. Un libro dentro de otro libro, una curiosa variante de las matrioskas. Recogí el volumen del suelo: era *Memorias de una joven formal*, de Simone de Beauvoir.

¿Quién había leído a Simone de Beauvoir en esta casa? ¿Y por qué lo había escondido? ¿Y de quién? Desde luego, el lector no era mi padre, no le imaginaba leyendo a una mujer, y menos a una mujer francesa, filósofa y feminista. Si en algún lugar pondría mi padre este libro sería sin duda en la chimenea, alzando satisfecho la voz para anunciar que nada como un buen papel para encender los troncos, ¡no le conoceré yo los gustos y las ideas! Bueno, salvarlo de la hoguera era un buen motivo para esconder el libro. Pero ¿justamente en su biblioteca? ¿Y quién? Yo no recordaba haberlo visto en mi vida y Pepita... Bueno, no quiero encarnizarme ahora con ella, pero Pepita no ha tenido jamás ninguna inquietud intelectual, sus aficiones literarias no han ido más allá de Corín Tellado y algunas fotonovelas de amores imposibles y finales con perdices, que pasaban de mano en mano entre las chicas del servicio y que de vez en cuando yo encontraba en los cajones

de las mantelerías, escondidas bajo capas de hilo almidonado, ocultas entre primorosos bordados y vainicas. Además, Pepita siempre ha tenido habitación propia en la casa, un lugar privado donde guardar cuantos libros y secretos quisiera. Solo quedaba una persona, una única posible culpable: María Elena Ribé Casasús, mi madre. ¿Era ella una buena lectora? ¿Era alguien capaz de leer a la Beauvoir a escondidas y ocultar luego el libro en las mismísimas narices de su marido? Me hice estas preguntas, pero esa tarde no pude darles respuesta. Porque esa tarde lo ignoraba casi todo de mi madre. Sabía su nombre porque constaba en mi partida de nacimiento. También sabía que huyó con su amante cuando yo tenía tres años, un escándalo que manchó y deshonoró nuestro apellido. Y que no había ni un solo recuerdo, ni una foto ni un objeto suyo, en toda la casa. Eso es todo lo que entonces sabía, porque desde su marcha no habíamos vuelto a tener jamás noticias de ella.

Quizá por este motivo, el contacto con algo que supuse que le había pertenecido me estremeció, el libro tembló en mis manos. Mis dedos buscaron con avidez las primeras páginas, deseosos de encontrar una dedicatoria, un nombre que confirmara su pertenencia. Pero no, un chasco. En la primera página habían dejado constancia, a golpe de tampón, del propietario del volumen: «Ateneo Barcelonés». Y, pegada a esa misma página, había una tira de papel amarillento en la que —escrita con letra picuda y tinta azulada— constaba la ristra de socios que habían tomado el libro en préstamo. El último: el socio 7.953, en mayo de 1965. Por qué mi madre no había devuelto el libro y lo había mantenido escondido en casa era otro misterio que añadir a la lista. No había podido olvidarlo al marcharse porque, aunque yo nunca había sabido la fecha

exacta de su fuga, sí tenía la certeza de que en 1965 ella aún estaba en casa. Porque en mayo de 1965 yo ni siquiera había nacido.

—¡La cena está servida, señorita!

La voz de Pepita me sacó de mis cavilaciones. Devolví el mamotreto de Primo de Rivera —convertido ya definitivamente en un mero trampantojo— a su lugar en la estantería y me dirigí al comedor con el volumen de memorias de la Beauvoir en la mano. Con Pepita me sería fácil encontrar alguna respuesta, bastaría con mostrarle el libro: si callaba de golpe, si rehuía la conversación, es que algo tenía que ver con mamá. Siempre había sido así en todo lo que a mi madre se refería. Mutismo, reserva total. Ni un comentario, ni un retrato, nada que durante estos años me haya ayudado a construirme una imagen de ella, a intuir cómo era, a entender cómo soy yo, a quién me parezco. Todos los días de mi vida, frente al espejo, me he mirado intentando imaginar su cara a través de la mía, como si yo no fuera más que un retrato robot que alguien dibuja para reconstruirla a ella. Dado que no me parezco a mi padre, asumí desde pequeña que mi madre me había parido a su imagen y semejanza antes de dejarme a mi suerte. Decidí que me parecía a ella, pero, sin mi madre al lado, la verdad es que no me parezco más que a mí misma, como un eslabón que no encuentra su cadena. Siempre he sentido que no encajaba en la foto de familia, como no encaja una pieza roja en un puzle que reproduce un cielo raso. Y el escozor de esa pregunta, oída tantas veces: «¿Y estos ojazos de la niña, de dónde han salido?». Siempre mis ojos, de un color azul extraño. No son azul claro, cálido, como el agua de la piscina en un cuadro de Hockney. Mis ojos son oscuros, como el color del océano cuando ya no se ve la costa, cuando cubre simas profundas y esconde

universos bajo su frágil espuma. Azul de mares fríos y solitarios, como si hubieran querido advertirme de mi destino. Siempre di por hecho que eran los ojos de mi madre. Allí adonde he ido, los he buscado en la cara de todas las mujeres con las que me he cruzado, estoy segura de que de haberlos visto la habría reconocido al instante. Ariana no ha heredado mis ojos, de hecho no se parece en nada a mí. Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para dejarme sola.

Cuando yo era pequeña, papá y Pepita incluso llegaron a fingir que mamá había muerto, esa fue su respuesta —evasiva, sí, pero respuesta al fin y al cabo— a mis preguntas infantiles. Supongo que les pareció más fácil de entender para una niña, menos doloroso, y algo de razón tenían: los muertos son los únicos a los que no culpamos por estar ausentes. Pero el círculo altoburgués de Barcelona, esa pseudoaristocracia catalana, era demasiado pequeño, su entramado demasiado tupido, para mantener a salvo mentiras y secretos. Ya lo he dicho antes, creo: la verdad es como la luz, busca resquicios para colarse entre el espeso follaje de silencios y mentiras piadosas. Y yo crecí entre algodones, sí, pero también entre habladurías y murmullos. Estoy segura de que, durante un tiempo, en esas fiestas de esmoquin, vestidos largos y colmillos afilados como los de los chacales, la desaparición de mi madre fue el bocado más suculento que llevarse a la boca. Chismorreos que se reproducían y diseccionaban al día siguiente, con calma y aún más mala baba, en los salones de cada casa. Comadreos que llegaban a las cocinas, servidos por las doncellas que volvían del salón con la bandeja vacía y noticias frescas. Habladurías que se repetían frente a los fogones, ampliándolas y decorándolas lo necesario para dar color a esas tediosas baldosas blancas y soportar ese perpe-

tuo olor a apio y cebolla, mientras los niños de la casa entraban a sisar una galleta o se terminaban el pan con chocolate de la merienda. Y así, en un penúltimo salto, las habladurías de cocina se convertían en cuchicheos entre pupitres, en risitas que recorrían la estival bandada de bicicletas, hasta llegar a mí, el último eslabón de la cadena. La historia de la huida de mi madre con un amante fue tomando forma en mi mente infantil, comentario a comentario, encajando piezas, incluso antes de que tuviera una idea clara de lo que era un amante. Pero sabía que de este tema no podía hablar en casa, no podía preguntar, porque papá se enfadaba si lo hacía, incluso la buena de Pepita me reñía. Y una capa de silencio, pesado y frío como hormigón, cayó sobre nosotros, los orgullosos y poderosos Planadevall.

—Mira qué he encontrado, Pepita. Estaba en la biblioteca escondido dentro de otro libro al que alguien le arrancó todas las hojas.

Lo dije pretendiendo no darle importancia, como si estos hallazgos fueran la cosa más habitual en esta casa. Ella había puesto ya la mesa en el comedor de diario: un mantel individual y cubiertos para un comensal. Pese a mis ruegos, seguía sin acceder a cenar conmigo, su condición de persona de servicio no se lo permitía, era incapaz de romper algunas reglas. «¡Qué diría el señor si me viera, señorita!», solía argumentar levantando los brazos, como si anunciara la llegada de la novena plaga de Egipto. Aunque creo que en realidad sentía que, si relajaba su condición de sirvienta, se rebajaría también —como en un juego de contrapesos— mi condición de señorita, mis privilegios, y eso sí que Pepita no podía permitirlo, ni siquiera en la intimidad de nuestra casa. Así que ella cenaba luego, sola, en la cocina, cuando yo me iba. Al menos conseguí que se sentara

junto a mí; era nuestro momento de hablar, de contarle mis cosas, como cuando era niña. Pero esa noche no iba a explicarle mis trifulcas con mi exmarido ni mi último encontronazo con Ariana. Mis dedos se pararon, como por casualidad, en la primera página del libro.

—Fíjate, tomado en préstamo en mayo de 1965, todo ese tiempo ahí escondido. ¿Quién crees que puede ser este socio 7.953?

Se quedó inmóvil, sus manos reposando sobre el frío cristal de la mesa. Noté la rigidez repentina en su espalda, la momentánea interrupción de su respiración.

—A saber, señorita, con la cantidad de gente que ha pasado por esta casa.

Se levantó bruscamente de la silla y se fue a la cocina, porque de repente limpiar la sartén en la que acababa de freírme el pescado se había convertido en una tarea inaplazable. Eso fue todo, pero fue suficiente: era mi madre quien leía a escondidas, quien había ideado el ingenioso escondrijo. Ella era el socio 7.953. Pepita no volvió, oí sus pasos yendo y viniendo por el pasillo. Solo asomó la cabeza cuando calculó que ya habría terminado mi cena.

—¿Le traigo algo de fruta, señorita? ¿Una infusión?

—No, gracias. Me la tomaré en casa.

Fui a despedirme de mi padre. Dormía. Hace tres semanas ya estaba muy delgado, un anuncio del esqueleto que ha llegado a ser. Verle tan demacrado me daba una pena inmensa, pero aun así reconozco que no pude evitar decírselo al oído:

—¿Sabes, papá? Tu mujer leía libros a escondidas, y los ocultaba en tus narices, en tu propia biblioteca.

Papá se removió intranquilo en la cama, pero siguió durmiendo. Le arrojé y salí del cuarto. Aún llevaba el libro en la mano porque mi intención era dejarlo de nuevo

en la biblioteca, pero finalmente lo guardé en mi bolso y me puse el abrigo. ¿Por qué lo hice? No lo sé, pero esa noche salí de casa de mi padre llevándomelo conmigo. Y allí se quedaron, el libro y la historia que con él empezaba, silenciosos y pacientes, agazapados como una serpiente, esperando a que una mano hurgara en el fondo del bolso para morderla.